Seix Barral

Cristina Peri Rossi

Juego de espejos



Seix Barral Biblioteca Breve

Cristina Peri Rossi
Juego de espejos

Entramos al gran sex shop de la calle Numancia como a una inmensa juguetería de dos plantas. En la inferior, un gran surtido de penes con formas agresivas (príapos con simulados pinchos, púas o dientes), o cómicas (penes con cabeza de Mickey Mouse, el Pato Donald, Superman, Tío Chicho, E. T., El Gran Wyoming), o de animales (delfines, ositos, simios, leones, tigres); penes de gran tamaño, que inspiran aprensión y miedo; penes que son el sueño delirante de hombres bajitos o de miembro pequeño, como los antiguos habitantes de África representaban a sus divinidades masculinas: con penes inmensos elevados hacia el cielo. El sueño del priapismo presente en todas las culturas, ahora, en las ciudades contemporáneas, no ya bajo el aspecto de dioses de miembro gigantesco, sino en forma de obeliscos, columnas, puentes, postes. El Gran Falo, el sueño todopoderoso y omnipotente de los hombres, no de las mujeres como tú y yo. Mis ojos resbalan por esa gran cantidad de penes de todos colores (penes color ciruela, fresa, amarillo, verde; rojos como la sangre, o rosados, como los pezones; penes desmesurados, de látex o de silicona. Penes, penes) como por un gran bosque de baobabs. Voy mirando distraídamente, buscando algo excitante, sin conseguirlo. Andrea no ha estado nunca en un sex shop y yo he hecho, otra vez, de guía, como Virgilio de Dante. No son los círculos del infierno, Andrea, solo son los círculos del sexo comercial, del sexo triste, del sexo lúdico, del sexo banalizado. Observo la timidez de Andrea con ternura. Quizás teme que yo descubra alguna de sus fantasías, o se imagina que visitar un sex shop grande como una juguetería de dos plantas tiene algo de pecaminoso, de prohibido.

El primer sex shop, como la primera visita al prostíbulo, o la primera película porno. Me separo levemente de ella, para dejarla mirar sin que se sienta observada.

Ahora estoy en la sección de ropa íntima. Corsés de cuero negro con anillas de metal, altas botas de charol, también negras, con tacos puntiagudos, finos y muy altos. Uniforme de doncella, la blusa negra con dos grandes aberturas por donde lucir los senos voluptuosos. Uniforme de la ss: chaqueta y pantalón rectos, grises, cinturón de cuero, gorra militar con el águila nazi. Busco una máscara. Me gustaría encontrar una máscara negra, que me cubriera el rostro completamente, como los boyardos de Eisenstein, y con esa máscara solo abierta por los ojos y la nariz (la boca cerrada con una cremallera) hacerte el amor, Andrea, tú con los ojos cerrados, yo, sin rostro, el desconocido, la desconocida, solo con las manos, con las caricias, con los dedos como teclas, tu cuerpo un piano, tu cuerpo una tela, tu cuerpo el dibujo que harían mis labios al recorrerte. Tú cierras los ojos cuando hacemos el amor. Cuando te hago el amor. Cierras los ojos, te hundes en ti misma, incapaz de salir, incapaz de hacerme el don de tu mirada, de establecer el puente, el nexo, el cordón umbilical. Cierras los ojos, dices, para sentir mejor. Yo, en cambio, siento mucho más si te miro cuando me haces el amor; jamás he cerrado los ojos, siempre me he buscado, te he buscado, como para juntarnos también con la mirada. Pero tú buscas el orgasmo que te hago como si el orgasmo estuviera escondido en una cueva que trabajan mis manos mi lengua mis dedos mis caricias mis besos mis labios, como si el orgasmo fuera una piedra dura escondida en el interior de las entrañas. Yo, en cambio, soy una mujer fácil. Te sorprendió el juego de palabras la primera vez que te lo dije. Solo conocías la acepción vulgar de la frase. Soy una mujer fácil porque basta con que me mires, basta con que me roces con una suave caricia para que yo me sienta excitada, mi orgasmo vaya en tu busca, los labios de mi sexo se mojen y los estremecimientos —silenciosos: además de fácil, soy una mujer que no grita, que no gime— me sacudan, es el premio

que te doy, me concedo, me concedo a ti. Hay en mi manera de recibir tu amor algo sacramental, en mi manera de darme a ti, algo religioso que jamás entenderías ni soñarías y quizás ni siquiera podrías experimentar. «¿Religioso?», dirías, y estarías dispuesta a escuchar una exposición sobre el tantrismo, sobre los ritos sexuales orientales —de la clase alta— que procuran a través de la carne alcanzar la trascendencia. Escucharías la exposición con interés, curiosa, sin saber que eso se siente o no se siente, que el sentir no está en los libros ni en las imágenes del tantrismo, está en el interior, es una experiencia espiritual más que sexual. Pero no encuentro la máscara y recorro con la mirada las estanterías, los maniquíes con ropa excitante: las medias negras caladas, las bragas de cuero lustroso con un agujero en el triángulo del pubis, por donde meter el pene o la punta de la lengua. Tanta exhibición de artilugios para provocar deseo resulta intimidante: en lugar de excitar, abruma.

Ahora, Andrea está en la sección de películas. Clasificadas por temas: heterosexuales, SM, gays, lesbianas, transexuales; pienso que lo único verdaderamente prohibido son las pelis pedófilas, pero quizás, si le insinuara algo al único empleado, detrás del mostrador, posiblemente, me ofrecería material de esa clase: fotos o pelis de niños y niñas, de bebés obscenamente lamidos, tocados, acariciados por adultos. La pedofilia es lo único prohibido todavía, hacia allí se dirigirá el deseo, que se intensifica con el obstáculo, que ama la excepción.

Me acerco suavemente a Andrea. Tengo ganas de abrazarla, de besarla. Soy tu Virgilio en la selva del erotismo, de la pornografía, del sexo comprado y vendido como un artículo de consumo más. No estamos en el infierno, Andrea, ni siquiera en el purgatorio. Es solo una juguetería para adultos, para niños grandes, para niñas con falta de imaginación que compran preservativos con sabor a naranja o a menta, para solitarios o para parejas aburridas. A esta hora —es mediodía— el sex shop está vacío. «¿Es un buen negocio un sex shop?», me pregunta Andrea, mientras recorre el listado de películas porno con nombres escabrosos: *La polla más grande del corral; Lulú, el*

chocho caliente; Violación múltiple; Las tetas más sabrosas de la granja; Soldados y muñecas. «Creo que no», le digo. No creo que un sex shop sea un buen negocio.

Y de pronto, me descubro pensando cuántos penes pueden venderse en un día, cuántos hombres solitarios compran fichas para las cabinas de *peep show,* cuántos masturbadores eligen un par de pelis porno para el sábado a la noche. No lo sé. Solo sé que la mayoría de los hombres siguen prefiriendo la prostitución, y los entiendo. El porno es para *voyeurs.* Mirar los excita, pero tocar, ser tocado, lamer, ser lamida siempre será más intenso.

Sorpresivamente, aparece un cliente en la segunda planta, donde estamos consultando el catálogo de revistas extranjeras. Es un hombre de unos cuarenta años, estatura media, ni gordo ni flaco, lleva gafas y una bufanda alrededor del cuello. Parece algo tímido y solitario. Mira una estantería llena de películas porno. Y de pronto, reconoce a Andrea. Yo me sorprendo. ¿De qué se conocen? ¿Dónde se han visto antes? Andrea conversa unas palabras con él. Parecen algo turbados los dos, la conversación es en voz baja y entrecortada. Mi imaginación, desbocada, comienza a perseguirme con imágenes sucesivas, como en una película: Andrea follando con este tipo ni gordo ni flaco, de estatura media y gafas. Andrea abierta, en cuatro patas, y el sexo del hombre penetrándola por detrás. El hombre tomándola de un seno, para penetrarla mejor. Ahora, una nalga. Penetrándola una y otra vez. Estoy a punto de lanzar un grito cuando Andrea, nerviosa, se aproxima a mí. El individuo se ha alejado.

—Era mi antiguo profesor de Filosofía —dice.

Yo respiro, aliviada. No sé si creerle o no, pero en todo caso, el individuo se ha ido.

—¿Qué hace tu antiguo profesor de Filosofía en un sex shop? —le pregunto, desconfiada.

—No se lo he preguntado —dice Andrea— porque me puse muy nerviosa. Pero te reconoció.

—¿Cómo me reconoció? —pregunto.

—Sabe quién eres —dice y, súbitamente, me tranquilizo. Que el tipo ese sepa quién soy de pronto hace desaparecer mis celos. Como si mi identidad fuera la garantía de la verdad que me ha dicho Andrea.

—Qué raro —dice—. ¡Encontrarse en un sex shop después de haber sido mi profesor de Filosofía!

Intento hacer un comentario que no revele el ataque de celos que he padecido.

—Seguramente es un masturbador solitario buscando una película para el sábado a la noche —digo.

—Creo que iba hacia una de las cabinas, pero se detuvo al vernos.

Pienso en el individuo, masturbándose al mediodía en una cabina de *peep show* luego de haber impartido una clase de Filosofía en la universidad. Triste destino: ¿no es capaz de ligarse a una de esas alumnas hermosas y en plenitud de hormonas como Andrea? ¿No ha sido capaz de ligarse a Andrea siendo su profesor?

Y mi orgullo se erige, como un falo en alto: yo he ligado a Andrea porque soy su escritora favorita, y más guapa que ese macho solitario, triste y apocado.

De noche, en la cama, Andrea —vestida con una corta camisilla negra de tirantes que se eleva suavemente a la altura de sus senos redondos, bien formados, y deja al descubierto su vientre plano, de amazona— salta de un extremo al otro, en busca de la música que nos gusta escuchar: Andrea Bocelli; Céline Dion; *Música para los amigos,* de Fernando Trueba; Mina; Milva y Tom Waits. Tiene unas piernas largas y hermosas, blancas, como las columnas de un templo romano, que lucen espléndidas debajo de la estrecha braga lila. Cualquier color le sienta bien a una piel así: el negro, el rojo, el azul («¿Te gustan las bragas verde oscuro?», me ha preguntado con deliciosa inocencia).

Gozosamente, la contemplo moverse de un lado a otro de la cama como si no supiera que la estoy mirando desde adentro, desde la mirada del goce. Todo goce es solitario. El placer se puede compartir: el goce, no. Sin embargo, ella, que es una mujer muy joven pero muy sabia (tiene la sabiduría silenciosa de quien nunca, hasta ahora, había encontrado un interlocutor, una interlocutora ideal), percibe mi mirada y, a veces, eso la altera. «¡No me mires!», grita, y yo descifro la orden no manifiesta: no goces solitariamente, no me conviertas en objeto de observación, no me mires desde tu yo. Entonces, la atrapo en uno de sus vaivenes en busca de música, la aprisiono entre mis brazos, a pesar de que es mucho más alta que yo, y le digo que hay una belleza interior del cuerpo, la que no se ve, la que está bajo la piel, la de los huesos, la de los cartílagos, los músculos y la sangre, la del estómago y el píloro. «¿El píloro?», me pregunta asombrada. «¿Dónde está el píloro?». Se lo señalo con suavidad sobre su propia piel, se lo dibujo con el dedo índice de mi mano mojado con su sangre menstrual. Hay una

belleza que no se ve, pero se adivina: la de los órganos interiores, y yo amo sus riñones, su hígado, su bazo, su mastoides. «¿Te los puedes imaginar?», me pregunta, y le digo que sí, que me los represento como los pintores se representan el cuadro antes de pintarlo. Anoche vimos, desde la cama, *Inseparables,* la inquietante película de David Cronenberg. Yo la había visto cinco o seis veces antes. Andrea, que solo tiene veinte, no la había visto nunca. En una escena, uno de los gemelos ginecólogos le dice a una paciente: «Debería haber un patrón de belleza interior. Los riñones o el útero más hermosos». Andrea se da vuelta súbitamente, queda sobre mí, su espesa y abundante cabellera rojiza sobre el rostro, y me dice: «Ay, me duele algo en la espalda», y señala con la mano un lugar impreciso, por detrás. Me río. «Son los riñones», le digo, y me mira, incrédula. Ha tenido cinco orgasmos encadenados esta mañana, pero no sabe que los riñones están debajo de los pulmones. Tampoco sabe que después de tres días de hacer el amor sin parar, duelen los riñones, aunque se tenga su radiante juventud. Entonces, mi goce consiste en saber lo que sé porque ya lo he vivido otras veces; no puedo compartir con ella el hecho de que sea la primera vez (la primera vez que duerme abrazada, con la saliva chorreando sobre mi hombro, la primera vez que encadena orgasmos como cuentas de un collar interminable, la primera vez que sufre cuando estamos lejos), pero al mirarla, al escucharla, mi memoria antigua, mi memoria de mujer de sesenta años, deshilvana como hilos de una madeja el pasado, la magdalena de Proust.

La creadora y directora de Únicas, festival de grandes voces femeninas, y mi pareja durante muchos años, afirma, en una entrevista en *El Periódico de Catalunya:* «Las divas son de una gran fragilidad emocional». Curioso destino el de la palabra *diva.* En principio, se aplicaba a los dioses o a las diosas. Luego, el uso tuvo cierto carácter despectivo: *diva* era la artista —generalmente del mundo de la ópera— caprichosa, egoísta y narcisista. Ahora, en consonancia con los tiempos, en los que el narcisismo y la egolatría son admirados, es un calificativo de marca. Ser divo o diva vuelve a querer decir «ser divino, admirable». Mi ex tiene razón. La fragilidad de los artistas —entre quienes me cuento— se debe a que su material de trabajo son las emociones: tienen que transmitir dolor, alegría, pesar, rabia, ansia de venganza, amor, odio. Tal exacerbación emocional los deja exhaustos y, a veces, sin saber muy bien quiénes son.

La noche de la inauguración de la cuarta edición del festival Únicas, en el Palau de la Música Catalana, acudo con Andrea. Estoy en un palco, mientras una fascinante Jessye Norman interpreta a Ravel, a Gershwin, varios negros *spirituals* y una nana de Manuel de Falla. Mientras canta con su maravillosa voz, potente y llena de matices, evoco todas las veces que he escuchado *Summertime* en otras versiones. Un aluvión de pasado me inunda y quisiera transmitírselo a Andrea, quisiera compartirlo con ella. De pronto, me doy cuenta de que mi ex, la creadora y directora de Únicas, escuchó por primera vez *Summertime* a mi lado, hace más de veinte años, cantada por Frank Sinatra, como ahora la escucha Andrea, por primera vez, y mi imaginación va hacia el futuro: habrá una vez, seguramente habrá una vez, dentro de veinte años, cuando yo no exista, en que ella, en la butaca de una sala de conciertos, escuche, también,

Summertime, por una cantante que todavía no ha nacido, junto a la mujer que amará entonces, y que probablemente todavía tampoco ha nacido. Me pregunto si ella, tan discreta, pensará lo mismo. No: ese pensamiento la anegaría en llanto. Todos nos juntaremos, nos separaremos, moriremos, salvo *Summertime*.

Andrea lleva cinco días en su pueblo y el sábado, aburrida, decide ir al casino, a jugar a la ruleta. Pero no es una verdadera jugadora, todavía: no juega sola. Necesita compañía para ir al casino. Me lo anuncia por teléfono: irá con un amigo y una amiga. Yo estoy en Barcelona, jugando, sin habérselo dicho, con la ruleta de internet, de manera virtual, sin apostar verdaderamente.

También en la ruleta virtual hay días buenos y malos. Parece que hoy es una buena tarde para mí, porque comencé con mil euros y ahora tengo dos mil quinientos. Al rato, Andrea me llama por el móvil y me dice: «Decime números, che, voy perdiendo». Le pregunto cuál es el último que salió. Me dice: «El veintiséis». Me concentro y le digo: «Diez, trece, ocho, veintiséis». En el pequeño casino las rondas son lentas, pasan más de diez minutos entre una y otra. Seguimos conectadas; escucho el rumor de los jugadores y el *novamás* del *croupier*. Luego, un silencio que me resulta larguísimo y, después, la voz alborozada de Andrea: «Salió el veintiséis», dice, contenta. «Decime los números, va», insiste. Y yo, que soy dócil a sus demandas, me concentro y le digo: «Cero, dos, cuatro, diez, trece y negro». «Che, cómo me gusta esto», comenta Andrea. «¿La ruleta?», le pregunto. «No. Estar conectadas de esta manera. Que me vayas diciendo los números, jugar juntas a la distancia», dice.

Cumple escrupulosamente mis indicaciones. «Salió el cero, che», me transmite luego de un pequeño silencio. En la próxima ronda, no acierto: ha pasado demasiado tiempo entre una jugada y otra, y he perdido concentración. Salió el 18. Entonces le digo: «Ahora, apostá al veintiuno, al dieciséis, al diecinueve, al nueve y al doce y rojo». Sale el 16 y Andrea da un gritito de alegría. Yo siento que estamos

sincronizadas, como dos clepsidras unidas por un cordón umbilical. «Voy ganando más de trescientos euros», me dice, con el móvil en la oreja. Pero entonces se acerca uno de los empleados del casino y le advierte que no puede hablar por teléfono. Que si quiere hablar, salga de la sala. Andrea no protesta, pero está fastidiada. Se resiste un poco. Una jugada más, y esta vez no acierto, porque la intrusión del empleado me ha perturbado. «Envíame los números por mensajito», me dice, pero de esta manera, la conexión no funciona. Con el número escrito en la pequeña pantalla del móvil no me siento inspirada. Entonces, Andrea se va del casino refunfuñando porque le cortaron la comunicación conmigo.

Yo quedo extenuada. El esfuerzo de hacerla ganar me ha agotado.

Cuando nos conocimos, en Córdoba, la primera noche, después de cenar, salimos a caminar por las estrechas calles de la ciudad de las almudenas, y de pronto, Andrea me dijo: «Llévame al casino, a la ruleta». Quedé sorprendida. ¿Estaba en Córdoba por primera vez en su joven vida de poeta y quería ir a un casino? Entonces, asumiendo la diferencia de edad, la reconvine: «¿Estás en una de las ciudades más hermosas del mundo y se te ocurre ir a jugar a la ruleta?». «No fui nunca al casino —me respondió—. Me gustaría ir contigo». Me di cuenta de que había leído mi novela *La última noche de Dostoievski.* Es así: de pronto, me encuentro con alguien que sabe demasiadas cosas de mí solo porque me ha leído bien.

Lo que más extraño de Andrea cuando no está conmigo es la voz. Y el tacto. La voz, esa voz que, sin embargo, no modula bien, como muchos jóvenes, y que no tiene más que un registro: el medio y el agudo. No hay registro para la intimidad, no hay sonidos suaves, modulados, para los momentos de pasión. Andrea habla o grita, pero no sabe ahuecar la voz, ahondarla, susurrar. Nunca la he escuchado susurrar. Y, sin embargo, lo que más extraño de Andrea cuando no está conmigo es la voz. «Ya sé que no te gusta cómo hablo. Ya sé que no puedo cambiar el registro de mi voz», dice. Y yo respondo: «Me gusta tu voz, me gusta mucho tu voz y te enseñaré a ahuecarla como el ala de un pájaro, te enseñaré a susurrar, te enseñaré a modularla como un instrumento, el instrumento con el que me vas a seducir».

Después, pienso que no es su voz la que echo de menos, sino otra que no recuerdo de manera consciente, pero cuyo timbre evoco. No hay nada peor, para las melancólicas como yo, que evocar una voz sin rostro, una voz sin cuerpo. Es como echar de menos algo que hemos perdido y no sabemos qué es. En la ciénaga de la memoria todas las figuras cambian de forma, cambian de edad, o se inmovilizan, y la nostalgia dolorosa es una nostalgia confusa, no sabemos de qué ni de dónde viene. ¿Cómo puedo recuperar algo que he perdido si ni siquiera sé qué he perdido? Solo sé que lo he perdido. «Se busca». Un cartel que solo dijera *Se busca.* Y debajo, nada. Ni una foto. Ni una voz. Nada. Quizás el fantasma acudiría al llamado. ¿Acudiría el fantasma al llamado? En el país donde nací, *fantasma* es femenino. Es *la fantasma.* Es el género que le corresponde. Una fantasma antigua que evoco sin saber quién es, a la que amo ignorando su verdadera identidad, sin saber siquiera por qué la amo. Nada se recuerda, nunca. El recuerdo no existe:

o es idealización, embellecimiento, o es horror, trauma. El recuerdo miente, por eso, Andrea, te pedí que llevaras un diario. Que registraras este amor condenado —como todos los amores— a desaparecer, a no dejar más huellas que una memoria turbia donde al fin se confunden todas las amantes, todos los dolores, todos los placeres. Solo lo singular y único se recuerda. Si nos hubiéramos acostado una sola vez, tú y yo, lo habríamos recordado toda la vida, hasta en sus menudos detalles. Si nos hubiéramos acostado una sola vez, la memoria habría sido fiel, prolija, leal, sincera. Pero nos hemos acostado tantas veces, hemos hecho tantas veces el amor, que la memoria ha hecho del conjunto solo una mala réplica, solo un amasijo sin detalles, sin singularidades. La memoria de lo mucho es desmemoria. Sin embargo, la memoria de lo único es imborrable.

De mi primer amor, con quien compartí casa, amigos, cama, poesía, música, paseos, cigarrillos, manifestaciones, simulacros de suicidios, lo que recuerdo es un detalle insignificante: la mancha de café en el borde de un delicado vestido, color perla, con una rama desnuda dibujada en diagonal. El suave color perla le sentaba muy bien a su piel blanquísima, y aquella pequeña mancha de café que advertí se convirtió en un símbolo, no sé de qué. Han pasado los años, se ha casado, ha tenido hijos, nietos, ha viajado, ha continuado amándome, y, sin embargo, lo que yo evoco con total precisión es la mancha de café en el borde de su vestido color perla.

(De mi tía Elena solo recuerdo el momento en que descubrí, al borde de su cama, un verano cálido en Montevideo, que había dejado de respirar. Todo lo demás ha desaparecido, porque solo una vez murió. Solo una vez me acerqué a su cama, para despertarla de la siesta, y descubrí que no respiraba. Y ese instante único tragó, devoró, anuló todos los otros recuerdos, mucho más felices, todas las conversaciones, las caricias, el tiempo que pasamos juntas).

Pero no me hiciste caso, no escribiste un diario. Has guardado seguramente algunas cosas: tiques de cine, billetes de avión, servilletas de papel de un restaurante, la factura de

compra de un libro. Pero no hay registro escrito de las noches de amor en la ciudad, la ventana abierta al cielo oscuro, las luces de los carteles luminosos brillando en el espacio negro, la música de Keith Jarrett, y yo, trepándote, besándote, dejando chorrear mi saliva sobre tu sexo limpio, húmedo, abierto como una boca. No hay registro de las palabras de amor. Ni de las caricias. Seguramente pensabas que era eterno. En la juventud creemos todavía en la eternidad. Pero yo, que no soy joven, sé, amargamente, que el hoy es pasado y que la eternidad es solo un instante fugaz en que mejor sería morir que seguir viviendo. No llevaste un diario, pero hiciste muchas fotos. Nosotras besándonos; nosotras riendo, felices; nosotras abrazándonos, acariciándonos, mirándonos a los ojos; nosotras mirando a la cámara o mirándonos en un espejo: duplicación del amor: amándonos en el reflejo de la cámara, espejos circulares. Cuando no estamos juntas —me dices—, cuando estás en tu pueblo, miras las fotos, miras mis fotos, tus fotos, nuestras fotos y eso te sostiene, te mantiene viva, esperando el reencuentro.